

## 17: LA HISTORIA DE LA SERIE FOLLETINESCA Y NUESTRA HISTORIA

Aunque el análisis de la obra de Clinton Rollins bastó para establecer que se trataba de una serialización periodística, estilo folletín por entregas, sin valor como fuente de información histórica, la identificación de su autor elimina cualquier duda al respecto. Henry Clinton Parkhurst no fue ni pretendió ser —en la vida real— filibustero de Walker.

Parkhurst era sólo un simpático poeta bohemio. Nunca escribió ni pretendió escribir *Historia*. Según él mismo expresara, su obra fue simplemente una narración de las “tribulaciones, hazañas y conquistas” de los filibusteros. Para producirla, plagió datos del libro de Walker y agregó numerosos personajes, conversaciones e incidentes imaginarios, alterando así completamente los eventos históricos.

En la narración se valió del estilo autobiográfico, con lo cual imitó las pretensiones filibusteras de Joaquin Miller, el pintoresco cantor de las colinas de Oregón. La idea probablemente se le ocurrió al leer la obra de Jamison, en cuyo estilo de “reminiscencias” de viejo comienzan las crónicas de Clinton Rollins, influyendo también en su imaginación su visita a Nicaragua en 1875, veinte años después de los acontecimientos.

El seudónimo que escogió le calza perfectamente: *Clinton*, su propio nombre, y *Rollins*, casi homófono a “rolling” (rodante), es decir, errante, vagabundo —lo que él era.

En sus crónicas todos los filibusteros son héroes —ya que se

trataba de narrar sus “tribulaciones, hazañas y conquistas”, exceptuando a William Walker, quien es la antítesis de sus compañeros. El Walker de Parkhurst es un sujeto extremadamente repugnante, plagado de defectos y desprovisto de toda cualidad. Pareciera que en él descargó el autor toda la hostilidad exacerbada en su pecho durante los espantosos días vividos en los campos de concentración sureños en la Guerra de Secesión de los Estados Unidos.

Parkhurst publicó su serialización en los suplementos dominicales de un periódico de San Francisco a principios de siglo, cuando la fuerte rivalidad de Pulitzer y Hearst originaba en los Estados Unidos el periodismo amarillista. Los suplementos dominicales servían al único propósito de atraer lectores, utilizando para ello grabados llamativos y artículos sensacionalistas y pseudocientíficos. Por eso, ningún historiador norteamericano tomó en cuenta las crónicas de Clinton Rollins, pues sólo vieron en ellas una forma amena de entretener al público. Como atinadamente señalara el doctor Carlos Cuadra Pasos en su estudio crítico, si los dos cónsules centroamericanos no los recogen y publican en español,

... los artículos [de Clinton Rollins] habrían quedado perdidos, después de una efímera publicidad entre los lectores ordinarios del periódico que los insertó, para quienes no tenían más interés que el de una diversión pasajera como lectura de entretenimiento.<sup>1</sup>

Parkhurst no sospechó que a su obra se la tomaría en serio y se la convertiría en valiosa pieza de archivo histórico, con lo cual él logró, en cierto modo, la inmortalidad soñada por su madre... Esa interpretación aconteció únicamente porque los nicaragüenses desconocemos nuestra Historia, porque carecemos de las fuentes necesarias y porque no usamos de los medios adecuados para estudiarla.

Eso hizo posible que la obra de Parkhurst fuera interpretada

<sup>1</sup> Clinton Rollins, *William Walker*, 6.

como Historia por don Arturo Ortega y el doctor Carlos Cuadra Pasos, dos personas honorables y capaces, quienes actuaron correctamente bajo las circunstancias del medio ambiente. Ellos no contaban con los medios desarrollados en los últimos años que facilitan enormemente la investigación; no tenían microfilmes ni fotocopias para estudiar en la tranquilidad de sus hogares, en Nicaragua, los documentos que se conservan en San Francisco, Sacramento, Washington, New Orleans, Louisville, Nashville, Los Angeles, New York, Londres y San José; ni podían movilizarse en 1945 (durante la guerra) con la facilidad que permiten los jets en nuestros días. Su investigación se veía necesariamente limitada por las fuentes que se conservan en Nicaragua, lo que en el presente caso equivalía a decir ninguna.

Es tan notoria nuestra pobreza de fuentes históricas primarias de la Guerra Nacional, que se exagera poco al afirmar que en Nicaragua no existen archivos con documentos de ese importantísimo episodio. En nuestro *Archivo Nacional* no se conserva un solo periódico ni documento original de la época de Walker. En la Universidad Centroamericana se guardan algunos papeles de esa era, pero todavía no han sido catalogados y permanecen inaccesibles para el investigador. La triste realidad es que *todos* los documentos utilizados para analizar a Clinton Rollins se obtuvieron en el extranjero.

Sin fuentes, nunca podremos escribir nuestra Historia. Siempre estaremos a merced de la improvisación y la ignorancia, y continuaremos obligados a aceptar, como en el pasado, la ficción que nos presenten como nuestra. El "caso de Rollins" es un lamentable ejemplo.